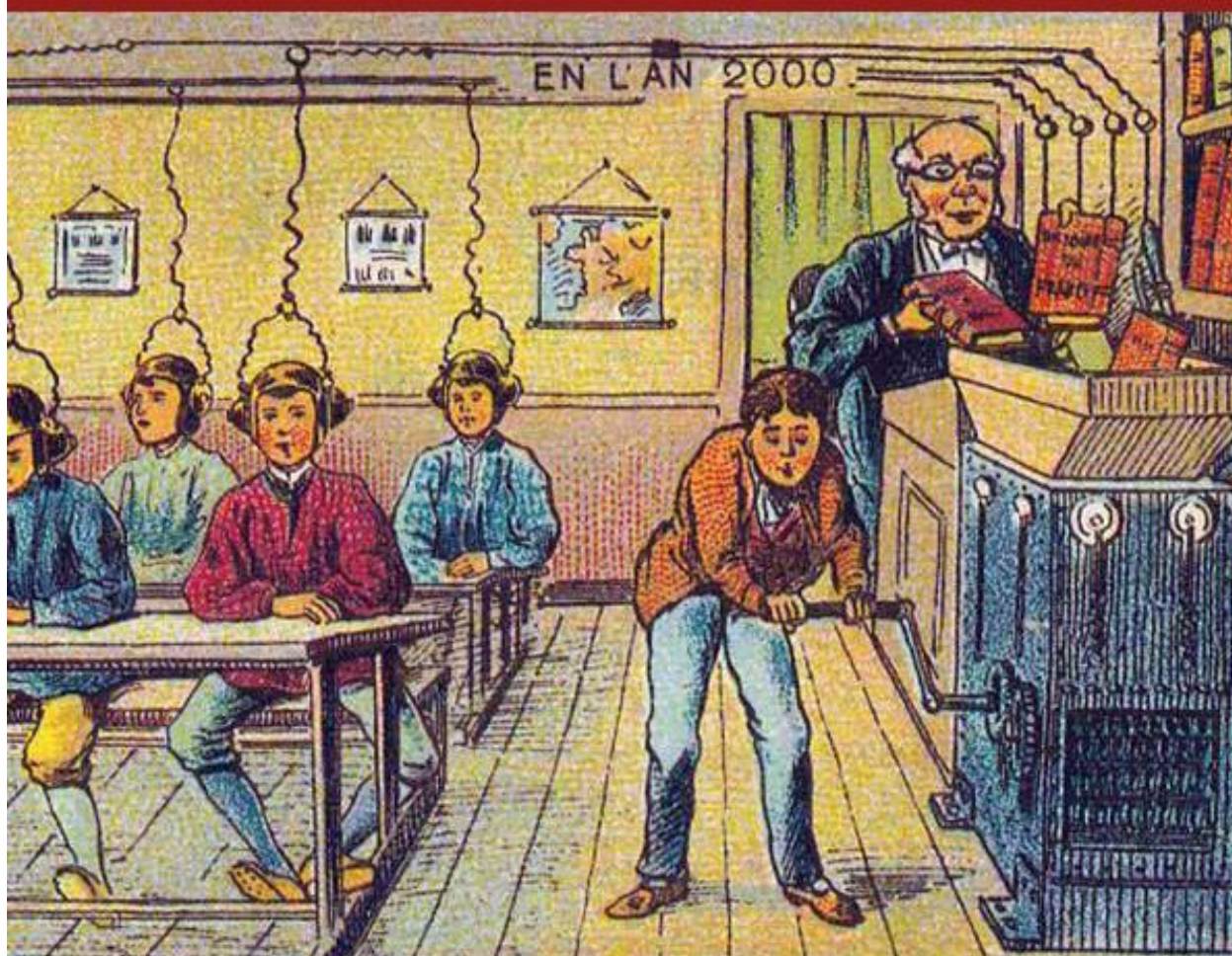


Asociación de Historia Contemporánea
Actas del XIV Congreso

DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

CUANDO LAS EXILIADAS DEJARON DE SER *DES BOUCHES* INUTILES. ESPAÑOLAS EN FRANCIA E INSERCIÓN LABORAL: 1939- 1940

Rocío Negrete Peña
(UNED/Université Bordeaux-Montaigne)

Introducción

Esta comunicación parte de una reflexión sobre la necesidad de otorgar más profundidad al estudio del exilio republicano a Francia desde la perspectiva de las mujeres. El punto de vista que se ha elegido para poner en evidencia a estas mujeres como sujeto activo es el de su inserción laboral en el país galo, tomando como punto de partida los años 1939 y 1940 que, por su especificidad de meses de grandes cambios en la gestión del problema de los y las refugiadas y del inicio de la guerra mundial, ofrecen un escenario complejo y completo para analizar. Las nuevas perspectivas desarrolladas dentro de la historia de las relaciones de género han abierto la puerta a que el colectivo exiliado sea abordado como un grupo humano heterogéneo, con situaciones y trayectorias diversas, y con múltiples retos en el proceso de integración y en la vida cotidiana. (Moreno Seco, 2011). Se empleará en las próximas páginas el término «refugiado» y «refugiada» en lugar de otros como exiliado, no tanto por su estatus jurídico (sabiendo que el estatus de refugiado solamente es otorgado a los españoles y españolas republicanas en 1945), sino por su percepción y su dependencia del Estado francés en estos primeros meses.

Además, la decisión de abordar el exilio republicano desde una perspectiva femenina no corresponde a un capricho ni a una voluntad de enmienda de años de silencio sobre esta cuestión, sino que el criterio de género fue una constante en la historia de este exilio, tanto en las políticas del Estado francés hacia este colectivo, como en los elementos más cotidianos del desarrollo de sus vidas en Francia, tales como la incorporación al mercado laboral, el asociacionismo o las costumbres. Queda así la tarea de conceptualizar la figura de la mujer como protagonista o, al menos, pieza clave en la migración, como sujeto económico y social. Dentro de los periplos y grandes cambios llevados a cabo por mujeres, en muchos casos cabezas de familia, la búsqueda e incorporación a una actividad laboral, más o menos remunerada, es una etapa clave. La entrada en el mercado de trabajo formal o informal es uno de los primeros pasos para la inserción en una nueva sociedad. En el caso del exilio republicano en Francia, junto a la naturaleza política y forzada de la migración, resulta central el hecho de que el acceso al mercado laboral fuese una de las condiciones más concurridas para salir de los campos de internamiento y comenzar a integrarse en Francia.

Las autoridades francesas alentaron, en la medida de lo posible, la repatriación o la reemigración a terceros países de los refugiados y refugiadas españoles. Sin embargo, debido al ambiente prebélico, a la dificultad para conseguir embarques a México y a la negativa de regresar a la España de Franco, para posibilitar la salida de los campos de internamiento, se abrió una tercera vía: el contrato de trabajo. El trabajo para las autoridades francesas o para particulares fue impulsado desde la administración, y a la vez aceptado y buscado por los y las refugiadas, aunque con una clara desigualdad en las relaciones de poder. Remedios Oliva plasma cómo era consciente de su

inferioridad en la relación de fuerzas con los patrones, cuando, tras ser descontados de gran parte de su sueldo: «quise protestar, pero comprendí que el director tenía el poder y nos trataría a su antojo. Él sabía muy bien que esa libertad engañosa era mejor que el campo de concentración.» (Oliva Berenguer, 2006, 68)

El empleo de los hombres y mujeres en diferentes profesiones permite que su estatus evolucione desde *indésirables* que deben ser expulsados y de *bouches inutiles* a un reconocimiento oficial como mano de obra extranjera pasando al régimen de derecho común de los y las extranjeras en Francia. Los testimonios de mujeres de diferentes orígenes y edades como Conxita Simarro, Silvia Mistral, Luisa Carnés, Victoria Kent, Remedios Oliva, o la recopilación de Blanca Bravo, así como la ficción escrita por Isabel Fernández y los testimonios disponibles en los estudios de Antonina Rodrigo, Pilar Domínguez Prats, Claudia Dávila nos ofrecen perspectivas más personales de esta etapa del exilio.

Mujer y trabajo en 1939

El estudio de Laura Oso sobre las migrantes en París de los años 1960 trasluce el peso de la tasa de masculinidad del colectivo exiliado. Según las cifras que maneja la autora, en 1946 de los aproximadamente 300.000 españoles y españolas en Francia, el 40% eran mujeres, porcentaje en 3 puntos menor que en 1931, y que vuelve a aumentar en 1962 al 44%, teniendo la migración económica de estos años un componente femenino mayor que el flujo anterior (Oso Casas, 2004, 25-29). Otras cifras que dejan ver la menor importancia cuantitativa del trabajo femenino en el colectivo exiliado es una lista de refugiados españoles residentes en Bayona elaborada en octubre de 1940, en la que se encuentran un total de 184 mujeres. De ellas sabemos su nombre, dirección, fecha de llegada en Francia, número de *récépisé* de *laisserpasser*, así como su profesión. Sin embargo, solamente 42, es decir, el 23% de ellas son asignadas una categoría profesional, donde los oficios relacionados con la costura («couturière», «lingère», «culottière» y «sandalière») y con el servicio doméstico («menagère», «domestique», «filled'office» o «femme de ménage») son la gran mayoría.

Cuadro 1: Principales profesiones desempeñadas por las refugiadas españolas en Bayona (1940)⁴⁵¹²

couturière	17
menagère	13
institutrice	3
infirmière	3
commerçante	2
cuisinière	2
dactylo	1
religieuse	1

⁴⁵¹² Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de: AN F/ 7 / 15172 (Aide de l'administration française): «Liste des réfugiés espagnols résidant à Bayonne (19/10/1940)».

En la interpretación de estos datos es importante reflejar, como desde la sociología y el trabajo social se pone de relieve, los factores de género, clase y origen nacional que permiten comprender la triple opresión y la consecuente posición más baja y menospreciada de las mujeres trabajadoras emigrantes.

La incorporación secundaria y transitoria a la vida pública y al mundo laboral asalariado de la mujer en los países europeos en la edad contemporánea llevaba aparejada la inflexibilidad de las esferas y de las concepciones de «masculinidad» y «feminidad» y la supeditación de esta segunda a la primera, plasmado en el valor y la remuneración de su trabajo. Así, aún para las mujeres de clase obrera, su trabajo era considerado transitorio (hasta el matrimonio), y/o secundario (en las mujeres casadas o en el caso de las hijas). La mayor visibilidad de una «minoría ilustrada» del exilo femenino no debe hacer perder el hilo de la realidad de la mayoría de las mujeres trabajadoras, ya que «se mantiene en esta primera etapa del éxodo en Francia la división dentro del colectivo femenino adulto entre una mayoría de amas de casa y una minoría de mujeres cualificadas.» (Domínguez Prats, 1994, 94). Así, como ya asentó Mary Nash (1983, 59), en su estudio sobre *Mujer, familia y trabajo en España* entre 1875 y 1936,

la mujer empleada, la paria que describe Margarita Nelken, la dependienta, la oficinista o telefonista son aún figuras excepcionales que trabajan en inferioridad de condiciones respecto a los varones y con pocas perspectivas de promoción dentro de sus respectivas áreas de trabajo. La mujer que desempeña una carrera liberal constituye una figura aún más excepcional y con poca aceptación social.

El retrato de las mujeres en España en la década de 1930, protagonistas de los cambios estructurales de comienzo del siglo XX, sin embargo, muestran en sus cifras un descenso continuado de mujeres asalariadas: si para 1900, las trabajadoras censadas alcanzan el 18.32% de la población activa, en 1930 son un 12,65%, empleadas, sobre todo en la industria (351.000), el servicio doméstico (341.500) y la agricultura (263.000), siendo las profesiones liberales (40.000) y la administración pública (3.000⁴⁵¹³) más minoritarias. (Nash, 1983, 50).

Es importante también poner en evidencia cómo el servicio doméstico solamente se extiende desde el siglo XIX, en relación con los procesos de industrialización y urbanización. Es así como «las mujeres cuyo sostén no procedía de su matrimonio o de su familia de origen tuvieron que ponerse a servir», ilustrando «una división laboral según las clases sociales y según los sexos que encerraba en sí misma la contradicción de que las mujeres burguesas eran «mantenidas» por sus maridos a la vez que empleaban como chicas de servicio a mujeres de las capas inferiores campesinas y urbanas» (Wikander, 2016, 12). Las «cualidades femeninas» construidas socialmente, especialmente aquellas en relación con los cuidados, a la escucha o a la organización fueron aprovechadas por los contratantes, pero sin que se les reconociese un valor de mercado (Vigna & Zancarini-Fournel, 2013, 186). Así, las *bonnes espagnoles* de los *beaux quartiers* de París de la década de los 60, además de hundir sus raíces en estas desigualdades de clase, lo hace también en otras producidas en el contexto del éxodo rural, o de migraciones (o exilios) internacionales anteriores, especialmente para aquellas mujeres que nunca habían desempeñado un empleo remunerado, sino que se dedicaban a ser amas de casa, es decir, a sus «menesteres caseros» (en Rodrigo, 1999, 284) y que buscaban un mayor número de oportunidades y opciones, incluyendo en el mercado matrimonial. Veremos cómo varios de los testimonios de mujeres

⁴⁵¹³ Las cifras han sido redondeadas a la centena de los datos proporcionados por Rosa María Capel (1980: 3-6).

exiliadas analizados cuentan sus experiencias como *bonnes à tout faire*. Por ejemplo, Remedios Oliva (2006, 59), recién dada a luz, se ofreció rápidamente para trabajar de criada, sabiendo que era uno de los puestos que más demandaban a las refugiadas españolas: «Mis dos cuñadas seguían en Troyes con los dos niños (...) Decidí escribirles para que me buscaran un trabajo de criada. Como era modista, podría encargarme de la costura de casa».

Como se enuncia también en este pasaje, otra de las ocupaciones que encajaban con los presupuestos ideológicos sobre la actividad laboral femenina, junto con la ausencia de capacitaciones profesionales y de formación, especialmente en el caso de las más jóvenes, y de acuerdo con sus «dotes naturales» fue la confección y la industria a domicilio. Luisa Carnés (2014, 239) habla, en su relato del exilio *De Barcelona a la Bretaña Francesa* de «las mujeres que cosían y los hombres que fumaban». A principios de siglo, la mitad de las mujeres activas del sector secundario se ocupan en estas labores, aunque para 1930 el porcentaje había descendido (Capel Martínez, 1980). Las condiciones especialmente difíciles del exilio y la necesidad de hacer «cualquier cosa» activó el ingenio de muchas exiliadas, que encontraron en la costura a domicilio (para lo que no necesitaban permiso de trabajo) una salida laboral y un sustento, aunque, al cobrar por pieza, se tratase de unos ingresos muy irregulares. La inversión de los conocimientos adquiridos en su infancia y adolescencia (la formación de costurera no requería de una estricta reglamentación), de este capital doméstico interclasista fue entonces una de las primeras salidas laborales de las refugiadas llegadas a Francia. La habilidad en la costura era un «rasgo común en las mujeres españolas. Ello les daba cierta ventaja frente a los hombres a la hora de encontrar trabajo, aunque casi siempre mal remunerado y teniéndolo que hacer a destajo para ser rentable.» (Domínguez Prats, 1994, 92). Pilar V. recuerda así como:

mi madre se puso a coser, ya sabes que todas las españolas de antes sabían hacer algo de costura... ella lo hacía muy bien... y dijimos: bueno, pues vamos a hacer camisas... habíamos conseguido de una camisería unos metros de seda natural... Total, que al final pusimos un negocio de camisas y no nos fue tan mal. Ya empezamos poco a poco a comprar máquina de coser y trabajaban allí varios españoles... (en Domínguez Prats, 1994, 93).

La asignación de tareas según sexos como una representación no fija o inamovible se demuestra a lo largo de la historia, por ejemplo, con la realización de trabajos físicos o «pesados» por parte de mujeres, especialmente en situaciones de «urgencia social». Esta podía bien ser, por ejemplo, una época de guerra y de carestía de mano de obra masculina. Así, en durante la Guerra Mundial, la exilada española Leonor Sarmiento cuenta como, llegada su familia a Pissos (Landes), se encontraron con fuertes necesidades económicas y:

A unos diez kilómetros de allí trabajaba un grupo de españoles haciendo carbón y me aceptaron para trabajar con ellos. Uno era militar de carrera, otro creo que comerciante y también había otra mujer; éramos cinco o seis en el grupo. El trabajo consistía en cortar la leña; trabajo que nos pagaban por metro cuadrado y que, cuando se secaba un poco, la hacíamos carbón. Allí aprendí a manejar el hacha y la sierra muy bien. Era un trabajo muy duro y, además, no había muchas veces nada de jabón para bañarnos cuando acabábamos de llenar los sacos de carbón. Hacía mucho calor, sobre todo cerca de los hornos, así que empezábamos a trabajar a las cuatro de la mañana. Yo salía de la casa a las 3.30 para estar lista a esa hora (en Bravo, 1993, 165).

También Blanca Bravo (1993, 28) relata su experiencia en un garaje junto a su hermana:

El garaje Metropol tenía al frente su gran gasolinera que había quedado con poco personal por la movilización. El propietario, el señor Montiel, decidió ofrecer las plazas vacantes a los refugiados. Mi cuñado le propuso que mi hermana Pepina y yo realizáramos ese trabajo, cubriendo doce horas, de 8 de la mañana a 8 de la tarde; y de 8 de la tarde a 8 de la mañana Mario, con otro amigo, cubrirían el turno nocturno que era el más pesado; quedamos aceptados.

Un país necesitado de mano de obra: la demanda

Las seis cartas fechadas entre abril y mayo de 1940 en las cuales el *Préfet* de l'Ariège escribe a *M. Ministre de l'Intérieur* enviando informes individuales de refugiados empleados en la agricultura o la industria⁴⁵¹⁴ muestran la voluntad de control del emplazamiento de los y las trabajadoras españolas en la economía nacional. En el Cuadro 2 se resume el contenido de las *fiches de renseignement* de mujeres, y cuyo análisis, sin voluntad de conjunto, permite hacerse una mayor idea de la realidad de la inserción de la mano de obra de las refugiadas españolas.

Cuadro 2: Resumen de las *notices individuelles* de refugiadas españolas trabajando en el Ariège (abril-mayo 1940)⁴⁵¹⁵

TOTAL DE MUJERES		24
Fecha entrada en Francia	antes de 1939	1
	enero-febrero 1939	20
	1939 (desde marzo)	1
	1940	2
Fecha de inicio del empleo	1939	9
	enero-marzo 1940	1
	marzo-mayo 1940	13
	después de mayo 1940	1
Duración del contrato	menos de un año	8
	un año	4
	ilimitada/«pendant toute la durée des hostilités»	9
	sin información	3
Empleador	empresa	6
	particular	18
Spécialisation professionnelle	servicio doméstico	13
	trabajo agrícola	5
	trabajo textil	6
	otros («ouvrière espagnole»)	1

⁴⁵¹⁴ AN 19940497/11: «Lettre du Préfet de l'Ariège à M. le Ministre de l'Intérieur».

⁴⁵¹⁵ Fuente: Elaboración propia a partir de: AN 19940497/11: «Lettre du Préfet de l'Ariège à M. le Ministre de l'Intérieur».

Así, la gran mayoría de mujeres de las que se da cuenta en este informe entraron en Francia en el momento de la Retirada, pero fueron empleadas en distintos momentos. Más de la mitad tuvieron que esperar a marzo de 1940, cuando se empieza a instar el trabajo de las refugiadas. La duración del contrato es la más heterogénea, yendo desde contratos de corta duración (3 o 6 meses), a la duración ilimitada, muchas veces especificada en relación con la duración del conflicto armado, lo que informa de la importancia del trabajo femenino para la economía de guerra. Por último, los trabajos se desarrollaban en prioridad directamente a particulares (excepto empresas relacionadas con la guerra de confecciones militares), donde, además del empleo como costurera u obrera agrícola, de nuevo, destacaba el trabajo doméstico.

Las *fiches de renseignement de orientation* permiten hacerse una idea de los perfiles laborales de las mujeres españolas en Francia y cómo son percibidas por la administración francesa para incluirlas en la economía nacional. En efecto, desde las primeras consideraciones de integración de la mano de obra refugiada al trabajo, se procede desde la administración a añadir a los registros de control de cada individuo, una clasificación profesional de estos en relación con las exigencias de la economía nacional. En estas fichas, tomando el ejemplo de las redactadas en el Château de Garros (Haute-Garonne), podemos ver entonces, que, junto a los datos personales básicos, se requiere información sobre aptitudes físicas, formación, experiencia profesional ejercida (en el pasado o presente), aptitudes profesionales, aptitud para ejercer un trabajo agrícola (o, si no, en qué empleos podría aportar), y cantidad y naturaleza de sus recursos. Esta información, no obstante, debe ser analizada con cuidado ya que, como todo documento administrativo, no tiene por qué reflejar las verdaderas competencias laborales de estas mujeres, a las cuales solamente se les pregunta con el objetivo de que encajen dentro de las necesidades de contratación. Así, muchas de ellas no estarían orientadas profesionalmente a la agricultura (el sector más demandado) o al servicio doméstico, pero la urgencia de la situación por encontrar trabajo de «cualquier cosa» como alternativa a la repatriación era muy fuerte.

En el periodo 1936-1939, la estancia de los y las refugiadas se consideraba como transitoria, y se alentaban en la medida de lo posible las repatriaciones. La vulnerabilidad de los y las refugiadas, los sitúan en una situación jurídica precaria que permite al gobierno francés utilizarlos como mano de obra en situaciones a menudo muy duras. El control al que estaban sujetas por parte de la administración francesa limitaba a los y las trabajadoras exiliadas geográficamente (los refugiados españoles no tenían libertad de circulación y estaban circunscritos a una zona específica aún al salir de los campos) y laboralmente (mediante la expedición de tarjetas de identidad cuyo color correspondía a la actividad económica que desempeñara o pudiera desempeñar, titulado como trabajador de carácter temporal y provincial). Pero, además, en su incorporación como mano de obra pasaron a ejercer los empleos más modestos que eran rechazados por los trabajadores nacionales (Dávila Valdés, 2012, 31). En una comunicación entre el Ministro del Interior y el Prefeto de Ardennes en 1937, este segundo informaba de la llegada a Levezey de una española que se reclamaba como refugiada. La respuesta del Ministro ya va en la línea de la regulación del trabajo de los refugiados (no las refugiadas) con atención a evitar la competencia con la mano de obra francesa: Ninguno de ellos debe ocupar cualquier un empleo, de cualquier tipo, sin justificar la posesión de una visa favorable de los Servicios de la Mano de Obras Extranjera apoyada por un contrato de trabajo⁴⁵¹⁶.

⁴⁵¹⁶«Aucun d'eux ne doit occuper d'emploi de quelque nature qu'il soit sans justifier de la possession du visa favorable des Services de la Main d'Œuvre Étrangère apposé sur un contrat de travail». AN F/7/15172 (Aide de l'administration française): «Lettre du 7 Décembre 1937 «Le Ministre de l'Intérieur à Monsieur le préfet d'Ardennes».

Junto a las CTE, las «Compañías de Trabajadores Extranjeros», de carácter militar, el empleo *à titre individuel* en puestos de trabajo agrícolas o industriales es el primero que se alienta desde las autoridades ya desde el 31 de marzo de 1939, mediante instrucciones de Albert Sarraut a los prefectos (Salgas-Candoret, 1994). Pero no es hasta una circular del 5 de mayo de 1939 que incluye el proyecto de «transformar esta masa inorganizada y pasiva que constituyen estos refugiados en elementos útiles a la colectividad nacional» (Estrade, 2016, 53) a los que se les aplica la ley de 1938 sobre la «organización de la nación en tiempos de guerra», en relación a los CTE, recibiendo «prestaciones de servicio» a cambio de su esfuerzo en la defensa nacional. Paralelamente, desde el Ministerio del Trabajo se aumenta el interés en la mano de obra refugiada disponible, constituida en su mayoría de mujeres, que podrían suplantar los déficits en la agricultura. Las autoridades francesas centran sus esfuerzos en la incorporación al trabajo de los hombres como potenciales cabezas de familia, para proceder a continuación con la reagrupación familiar.

Es solamente después que el centro de atención se desplaza de los hombres a las mujeres refugiadas, especialmente en las zonas rurales de gran presencia de españoles y españolas en los campos de internamiento. Efectivamente, el trabajo femenino se consideró secundario también en la prioridad de su contratación. Y si muchas veces fue más demandado que el masculino fue, además de por la «naturaleza de las tareas según el sexo», por el hecho de que la salida de las mujeres de los campos o refugios era más sencilla administrativamente que en el caso de los hombres internados.

La complejidad de la economía y política francesa de guerra (o al menos durante el *drôle de guerre*) reproduce algunos comportamientos en relación con el trabajo femenino que ya se habían vivido en la guerra del 14 y que se repetirán en esta segunda guerra. Por un lado, la predisposición a cubrir la escasez de fuerza laboral masculina con el esfuerzo patriótico de las mujeres nos habla de la incorporación de la mujer al trabajo obviando la realidad del colapso de parte de los sectores económicos más feminizados, especialmente los relacionados con el consumo, a causa del contexto bélico. Pero, al mismo tiempo, los estudios al respecto han mostrado que pocas trabajadoras de la economía de guerra eran nuevas asalariadas, sino que provenían de estos sectores (como el de la moda) que se adaptaban a las nuevas exigencias, debiendo hablar, más bien, de una gran movilidad profesional. Así, las guerras mundiales, especialmente la primera, no constituyen un verdadero impulso a la entrada de las mujeres en la industria, sino un momento de *rédéplacement* (Vigna & Zancarini-Fournel, 2013, 183), y de competencia entre los obreros que no habían sido llamados al frente, las obreras, y el colectivo extranjero.

Así, es pertinente la reflexión que, en este sentido, apunta que el reclutamiento de mujeres en sectores estratégicos en tiempos de guerra no fue con un estatus de «auténticas trabajadoras», sino como «trabajadoras de guerra», mientras los hombres se encontraban en el campo de batalla y, tan pronto como ellos regresasen, las mujeres les cederían de nuevo sus puestos de trabajo, después de darles las gracias por su patriotismo y los servicios prestados a la nación. (Wikander, 2016, 145) Gran parte de las refugiadas que estaban siendo empleadas como mano de obra barata por el Estado francés desde 1939, pasan, en 1940, a recolocarse en los sectores más demandados, donde la confección de ropa para los soldados estaba en la cabeza. Por ejemplo, Conxita Simarro cuenta como, alojadas en un Hotel cerca de Perpignan, «el otro día [marzo de 1940] de mañana se dijo un pregón y dijeron que todas las señoras de estos hoteles debían pasar por el cuarto de planchar, donde se les daría lana para hacer suéteres para los soldados» y, mes y medio después, «aquí ya nos dieron ocho madejas de lana para hacer medias para los soldados. Es obligatorio hacer un par cada semana.» (Simarro, 2015, 95-100)

Como se ha enunciado, poco a poco fue saliendo a la luz la problemática de la competencia entre los y las trabajadoras españolas y francesas. Esto queda muy bien ilustrado con la deliberación del Conseil Municipal de Bordeaux, en su sesión ordinaria del 9 de junio de 1940. En este documento se expone la problemática surgida tras la ocupación de la enfermería de un antiguo campo (ya cerrado) por parte de varias refugiadas españolas con colchones, sacos de dormir y mantas, y la imposibilidad de alojar en estas estancias a un grupo de refugiados franceses de Amiens (Picardie) que huían de los ejércitos nazis de ocupación. Cuando se les pidió a las refugiadas que liberasen el lugar, ellas rechazaron abandonarlo bajo el pretexto de que tres españolas de sus familias estaban empleadas como lavanderas la residencia de ancianos que acababa de crearse⁴⁵¹⁷. Así, la conclusión del Consejo manifiesta su protesta por tal actitud de las refugiadas extranjeras, que habrían debido ofrecer espontáneamente a los desgraciados refugiados franceses la hospitalidad de la que ellas disfrutaban desde hace 16 meses. Unánimemente, se pedía a la autoridad superior las medidas necesarias para que estas extranjeras, que ya no se merecen beneficiar del derecho de asilo, abandonen el espacio con la mayor brevedad. Y que las lavanderas españolas que están empleadas desde hace unos días en la residencia sean inmediatamente reemplazadas por lavanderas francesas, que pueden encontrarse fácilmente entre las refugiadas que llegan de las regiones invadidas⁴⁵¹⁸.

El trabajo como salida de los campos

La declaración de recursos para poder mantenerse de forma autónoma en suelo francés como condición para evitar la repatriación aparece desde el otoño de 1937, cuando las autoridades apuntan a que solamente podrían permanecer en el país los y las refugiadas que pudiesen mantenerse por sí mismas «sin llevar a cabo actividad laboral alguna y sin depender de la intermediación de una familia francesa, exceptuando a mujeres, niños, ancianos y heridos.» (Gaspar Celaya, 2016, 232) Esta idea vuelve en febrero de 1940, cuando se ordena vaciar los campos (luego Vichy contradiría esta orden) y que los y las refugiadas que no pudiesen garantizar su propio sustento (excepto los heridos y aquellos que temiesen represalias políticas fuertes) abandonasen el territorio francés. El decreto del 15 de noviembre de 1939 es el que muestra el cambio de óptica de las autoridades francesas de cara al trabajo de los y las refugiadas y en pos de la reagrupación familiar, comprendiendo que, si una refugiada demuestra que un miembro de su

⁴⁵¹⁷ «[elles] ont refusé de les quitter sous prétexte que trois espagnoles de leurs familles étaient employées comme laveuse à l'hospice de vieillard, qui vient d'être créée». AD Gironde: 4 M 508-552 Réfugiés politiques espagnols: «Registre des délibérations du Conseil Municipal. Séance du 9 juin 1940».

⁴⁵¹⁸ «Le Conseil municipal se faisant l'interprète du sentiment public, proteste avec indignation contre une telle attitude de réfugiées étrangères qui auraient dû spontanément offrir aux malheureux réfugiés français les avantages d'une hospitalité dont elles jouissent elles même depuis 16 mois.

À l'unanimité il demande à l'autorité supérieure de prendre les mesures nécessaires pour que ces étrangères, qui ne méritent plus de bénéficier du droit d'asile quittent la commune dans le plus bref délai.

Et que les laveuses espagnoles qui sont employées depuis quelques jours à l'hospice de vieillard, soient remplacées immédiatement par des laveuses françaises, qui pourront être facilement trouvées parmi les malheureuses réfugiées venant des pays envahis».

AD Gironde: 4 M 508-552 Réfugiés politiques espagnols: «Registre des délibérations du Conseil Municipal. Séance du 9 juin 1940».

familia tiene un empleo asalariado, puede quedarse en Francia y disfrutar de los sistemas de pensiones.

La excepcionalidad de las mujeres como sujeto en estas normas se mantuvo hasta las primeras regulaciones en la primavera de 1939, cuando se comienza a controlar (con el objetivo de aprovechar) la mano de obra femenina dentro de los refugiados. En primer lugar, la ocupación y el trabajo en los propios campos de internamiento o en los refugios fue un elemento constante, especialmente entre las mujeres. La sistematización del trabajo como estructuración del internamiento (Tuban, 2018, 289) es una de las particularidades de los campos, donde los y las internas son las encargadas de hacer funcionar los diferentes servicios, como la enfermería, la cocina o la limpieza. La necesidad de evitar la ociosidad y de mejorar las condiciones del espacio desde un primer momento, y a la espera de conseguir un trabajo fuera de él, motivaron a varias mujeres a organizarse en grupos de trabajo. María Magda Sans (en Bravo, 1993, 248) especifica cómo, en una antigua fábrica de armamento reconvertida en albergue cerca de Rennes:

ante la realidad que estábamos viviendo, creímos conveniente organizarnos para que nuestra estancia en este lugar fuera lo menos dolorosa posible. La comida que nos habían dado, recién llegados, era bastante desagradable. Organizamos grupos rotativos que se ocuparan de la cocina y se organizaron en el interior de cada barraca formas de convivencia más agradables.

También, para mejorar la limpieza del recinto, Luisa Carnés (2014, 227) explica que, entre las cohabitantes, «se limpiaba el refugio. Se habían constituido, por las propias refugiadas jóvenes, brigadas de limpieza y secado de platos, pelado de patatas y verduras».

La salida fue mucho más sencilla para aquellos y aquellas refugiadas que ya tenían contactos o familiares en Francia. Estas redes permitieron que los plazos se acelerasen, tanto en relación con el alojamiento como con el empleo. Especialmente la red familiar se pone en marcha desde los primeros días, aunque desde las primeras circulares se precisa que incluso los refugiados y refugiadas que fuesen financieramente autónomos no podrían tomar a cargo a otros miembros de su familia. Aunque, poco a poco, la necesidad de aligerar la carga económica para el Estado Francés se fue imponiendo en detrimento de las medidas de cuarentena que querían impedir el agrupamiento de elementos politizados españoles, bajo el pretexto de la defensa de la *Surêté Nationale*. Así, el decreto del 15 de noviembre de 1939 pasa a permitir la reagrupación familiar, comprendiendo que, si una refugiada demuestra que un miembro de su familia tiene un empleo asalariado, puede quedarse en Francia y disfrutar de los sistemas de pensiones. Sin embargo, en estos casos, el o la refugiada trabajadora se enfrentaba a la precariedad del salario, añadida a la dificultad de encontrar un alojamiento digno, lo que dificultaba la reagrupación familiar en torno a él (Maugendre, 2013, 458 y 513).

Remedios Oliva (2006: 23) lamenta, por ejemplo, que «a veces, algunos que tenían familia o amigos en Francia, salían del campo con maletas y parecían felices. Se iban con un contrato de trabajo y les teníamos envidia», aunque progresivamente fueron surgiendo alternativas de alojamiento a los campos. La circular del 10 de julio de 1939 del Ministerio del Interior⁴⁵¹⁹ permitía, con un *avis favorable* las solicitudes de reagrupación familiar y alojamiento si se garantizaba que la subsistencia material de cada miembro estaba asegurada, como primer paso para reducir el número de refugiados a su cargo, además de las repatriaciones. Sin embargo, y como señaló Marie-Claude Rafaneau-Boj (1995, 198) en su estudio sobre los campos de

⁴⁵¹⁹ AN F-7-14711 «Circulaire du 10 juillet 1939 du Ministre de l'Intérieur».

concentración franceses, los ingresos de la mayoría de los refugiados resultaban insuficientes para el mantenimiento de cada miembro. Así, los testimonios de refugiadas en la Francia de 1939 recrean situaciones de pluriempleo como la de Blanca Bravo, que compaginaba su empleo en un café con el trabajo de confección en casa:

encontré mi tercer empleo en el lujoso café restaurante La Fayette. Se trataba de limpiar diariamente todo el local, incluyendo los servicios. (...) Como el tiempo era reducido, tenía que organizarme eficazmente al extremo de parecer un robot (...) a cambio tenía libre casi todo el día y disponía de tiempo para confeccionar prendas de punto, a lo que dedicaba varias horas (Bravo, 1993, 26).

El sobreesfuerzo, las malas condiciones laborales y la explotación a la que muchas refugiadas fueron sometidas son evocadas. Además, el carácter femenino de esta mano de obra extranjera fue también razón de rebajas salariales, pues las exiliadas españolas fueron la mano de obra más barata. En efecto, la llegada al mercado de trabajo de una mano de obra sin derechos laborales que quedaba a merced de la buena voluntad de los patronos era una realidad de la que las refugiadas, y la propia administración, eran conscientes (Salgas-Candoret, 1994, 319), así como, sobre todo, sus protagonistas.

Dolores Duro⁴⁵²⁰, por ejemplo, en un hotel de Perpignan «trabajaba muchas horas al día», y, una amiga suya, cuando por fin encontró trabajo de sirvienta, fue sin recibir ningún salario, «aprovechando la oportunidad esa, de que estábamos en necesidad» (en Domínguez Prats, 1994, 93). Las granjas se convirtieron así en una de las salidas posibles, especialmente para unificar el propósito de la reunificación familiar, del alojamiento y del trabajo en el que se emplease todo el núcleo. La familia de Mercedes Maestre Martí (en Dávila Valdés, 2012, 193) alquiló una granja cerca de Toulouse para trabajar como campesinos, no pudiendo ejercer en suelo francés su profesión de médico⁴⁵²¹. Ciertamente, la movilidad social descendente afectó muy particularmente a las clases medias aburguesadas, intelectuales o de profesiones liberales. Silvia Mistral (2011, 170) narra cómo una niña, en una expedición camino a Nîmes, se sorprendía de que hubiera una «¿una artista en una cuadra?», entre ellas.

Igualmente, no se pueden olvidar las mujeres que, ocupando cargos de responsabilidad políticos o de asistencia, en especial en relación con los refugiados, no dejaron de desempeñar un trabajo. Durante sus *Cuatro años en París*, Victoria Kent (1997, 19) tenía muy claro que ella no estaba en Francia como una refugiada más, sino que había sido nombrada por el Gobierno de la República «secretaria de la Embajada española en París con la misión especial de ocuparme de los niños españoles según iba cayendo el Norte de nuestro país (...) Esa labor mía, a la que me entregué en cuerpo y alma, me impidió salir de Francia cuando todavía era tiempo.» El trabajo en «la solidaridad y ayuda a la España Republicana» fue la tarea que desempeñó también Petra Soriano, siendo «organizadora del Comité de Mujeres [en el Norte de Francia] y organizando colectas de víveres, ropas y dinero» (en Domínguez Prats, 1994, 88).

Mas lo más normal fue la búsqueda de trabajo «en cualquier cosa», que comenzaba muchas veces con el ofrecimiento a desempeñar trabajos de costura, limpieza o cocina en los pueblos cercanos, es decir, *services à la personne*. Un ejemplo es el de la situación de dos españolas que dejan el refugio donde están hospitalizadas para buscar algo por su cuenta y poder reagruparse con

⁴⁵²⁰ El testimonio concreto pertenece al *Archivo de la palabra*: PHO/10/19.

⁴⁵²¹ El testimonio concreto pertenece al *Archivo de la palabra*: PHO/10/28.

sus maridos, narrado por Isabel Fernández (1997, 40): «la vida, sin embargo, no es fácil, lejos de allí. Pero ellas son valientes y hacen todos los trabajos que la gente quiere confiarles: limpieza, costura, planchado, trabajo en los campos...»⁴⁵²².

Rosa Laviña (que a lo largo de su exilio trabajó como costurera a domicilio, sastresa, criada, en una enfermería y finalmente enseñó a su marido a coser para trabajar juntos) detalla también cómo fue el proceso de encontrar el empleo, en un pueblo cerca de Le Mans, y en qué consistió:

Nosotras éramos un grupo de chicas, entre veinte y veinticinco años de edad. Se acercaron y, más por señas que por palabras, nos preguntaron qué oficio teníamos. Para mí fue fácil darles a entender que yo sabía coser. A la mañana siguiente volvió de nuevo y cogiéndome de su mano, me llevó hasta su casa, donde encontró una máquina de coser, un par de tijeras y tela para hacer un vestido (...) Poco a poco la gente fue simpatizando con nosotros. Los niños jugaban con los demás niños y todas las mujeres terminaron trabajando, pues consideraban muy bien el trabajo de las españolas⁴⁵²³.

Carmen Prieto escobar tiene un testimonio similar, en este caso en Normandía, donde:

aquellas mujeres, con ayuda de sus mayores, prematuramente decrepitos, y de sus depauperados hijos, se irían ganando la confianza de unos y otros. Se les permitió salir de sus guetos, y muchas mujeres fueron empleadas como *bonnes à tout faire* (criadas para todo). La mano de obra de los exiliados españoles resultó barata y eficiente (en Rodrigo, 1999, 277).

La otra categoría profesional que las mujeres empezaron a ocupar (como primer trabajo) fue la de apoyo en tareas agrícolas, especialmente en el momento de la cosecha, como la vendimia. El empleo en la vendimia fue uno de los primeros que fueron organizados. Desde el verano de 1939 se procede a la organización de un «plan d'installation en France des réfugiés»⁴⁵²⁴ y, en concreto, de la instalación de refugiados y refugiadas españoles en la vendimia, a partir de septiembre⁴⁵²⁵.

Las mujeres también fueron empleadas en la instrucción y educación, especialmente de niños refugiados, muchas veces en las propias instalaciones de acogida, en colonias infantiles o escuelas establecidas en Francia. Carmen Julià, Directora del Grupo Escolar del Estado en Cataluña dirigió «una casa de niños refugiados desde el 6 de junio de 1940, hasta la fecha de embarque, en el pueblo de Mouriés-B. du Rhône» (en Domínguez Prats, 1994, 86) y Leonor Sarmiento apunta que «en el refugio se improvisó una escuela con una maestra joven que luego encontramos en México, en el colegio Madrid: es la maestra Amparo Latorre quien, con muy escasos implementos que hacían juego con nuestra vajilla, enseñó a leer en español a muchos de los niños que estaban en el pueblo» (en Bravo, 1993, 155).

La diferencia de edad y de estado civil de las mujeres era también un factor que tener en cuenta, y tenía efectos inmediatos en su incorporación y trato en el mercado laboral. Por ejemplo, Leonor Sarmiento (en Bravo, 1993, 160) explicó cómo en Dax, «papá trabajaba pero, como ganaba poco, yo quise ayudarlo. En el primer trabajo se trataba de cargar sacos de sal de 50 kilos en una carretilla. Cuando me fueron a dar de alta me despidieron pues tenía que ser mayor de dieciocho

⁴⁵²² «La vie n'est cependant facile, loin de là. Mais elles sont courageuses et font tous les travaux que les gens veulent bien leur confier: ménage, couture, repassage, travaux des champs...».

⁴⁵²³ Testimonio oral de Rosa Laviña a A. Rodrigo. Toulouse, 30/9/1988 (Rodrigo, 1999: 220).

⁴⁵²⁴ AN 20010222/1: «Lettre de M. J. Doublet à M. Cépède. Fait à Les embrins, le 10 août 1939».

⁴⁵²⁵ AN 20010222/1: «Notes en vue de la réunion du jeudi 3 août 1939».

años.» También Blanca Bravo recrea que «encontrar mi primer empleo se me dificultó bastante, al no dominar el francés y por mi falta de preparación. Tuve que tocar muchas puertas, pues mi corta edad tampoco me ayudaba.» (Bravo, 1993, 23).

Sin embargo, la existencia del trabajo infantil es confesado, entre otros, por Conxita Simarro (2015: 76-77), en su diario correspondiente a los meses de marzo y abril de 1939:

Ayer en la noche papá dijo que había niños de once a doce años que ganaban doscientos francos, y sólo tenían que cuidar de una niña pequeña: a mí me gustaría mucho (...)

Yo estaba secando los platos y él [el propietario de la casa, M. Salvador] dijo: ¡Caramba, sí que es trabajadora! Y papá le dijo: Mire, un día que le dije que había niñas como ella que cuidaban de una criatura, todo el día me lo está recordando. Y él dijo: Pues mire, en unos días déjenla venir a casa.

La circular de 11 de marzo de 1940 del Ministerio del Trabajo permite la contratación de mujeres españolas que tuviesen a su cargo uno o varios hijos (Maugendre, 2013, 635), aunque no da información sobre el caso de mujeres embarazadas. Remedios Oliva (2006, 38) cuenta cómo su voluntad para trabajar no se vio alterada por su estado, estando embarazada de siete meses, aunque fuese desempeñando tareas tan duras como la vendimia:

Cada mañana, a las seis o las siete, venían patronos a la puerta del campo para contratar a mujeres. Le dije a Joan que yo quería ir, pero él no lo veía bien, pensaba que me cansaría demasiado a causa de mi embarazo. Con él no habría sido lo mismo, me habría ayudado, sobre todo porque no estaba acostumbrada a ese tipo de trabajo. Iba para los siete meses de embarazo, me encontraba bien y no quería saber nada (...) Hacía por mí todo lo que podía, claro que la vendimia no era un trabajo para una mujer embarazada.

Finalmente la condición obrera de las mujeres se caracterizó en muchos casos, evocados en varios testimonios, por comportamientos brutales del patrón, incluso por presiones sexuales y/o violencias. Silvia Mistral (2011, 167) narra magistralmente las vicisitudes a las que las refugiadas tenían que hacer frente, como las falsas ofertas de trabajo que no buscaban sino aprovecharse de ellas:

Los agentes coaccionadores no descansan y ahora resurgen con una vieja táctica: incitarnos a la huida. Señores con gesto paternal nos ofrecen ir a trabajar (¿) a Marsella, bien retribuidas y con papeles legales para residir en Francia. Una vieja política de folletín, que ya todas conocemos. Con frialdad, les hacemos notar que sabemos sus planes y que no caeremos en cortadas de esa especie. (...) El sistema burgués se apiada de las pobres mujeres españolas y ofrece su apoyo. Ayuda a base de la explotación y del vicio, manos tendidas para comerciar con la carne morena de las nuevas Cármenes. A veces me parece que todos estos embajadores de la cortesía enmascarada, vienen a iniciativa de las autoridades, funcionarios prostituidos como cualquier cobrador a comisión.

Las repugnancias que nos dan estas cosas hace que cada vez sea más aguda el ansia de partir. Escribo al Comité Británico y este me contesta que «siendo más angustiosa la situación de los hombres, no pueden dedicarse a las mujeres».

Conclusiones

La incorporación al mercado de trabajo, de forma forzada, a veces temporal, y en muchas ocasiones con consecuencias traumáticas contribuyó, no obstante, e incluso impulsó, la integración en la sociedad francesa, especialmente para aquellas que se quedarían en este país tras 1945. Como reflexiona Claudia Dávila en su estudio comparativo entre el exilio en Francia y en México, «adaptarse al nuevo país no es responsabilidad solamente de las políticas públicas que reciben a un grupo de refugiados, sino que existen otros factores que permiten la realización de este proceso, o al contrario, la ponen límites» (Dávila Valdés, 2012, 191).

El Estado francés y su política hacia los y las refugiadas españolas varió entre la voluntad de controlar a esta población y la conveniencia de aligerar su carga económica, el aprovechamiento económico de su fuerza de trabajo, y la vigilancia de que no causara competencia con la mano de obra nacional. Las teorizaciones y percepciones del trabajo femenino, profundamente conservadoras en los primeros decretos (desde la separación de los hombres y las mujeres y niños en los campos) se dejaron de lado a medida que el colectivo exiliado español no repatriado ni reemigrado, en su conjunto, se incorporaba a la vida económica francesa.

La voluntad de avanzar en la clarificación de la suerte que corrieron las exiliadas en Francia durante estos años, en especial en material laboral, exige un esfuerzo por parte de la investigación histórica, que debe abrir nuevos campos de carácter interdisciplinar. La variedad de fuentes (desde archivos con documentación de las prefecturas y varios ministerios, de organismos de solidaridad, partidos, sindicatos, además de los testimonios dispersos en tesis doctorales, recopilaciones u memorias editadas) permite alentar esta empresa. Si bien es cierto que faltan muchos datos, sobre todo de carácter cuantitativo, pues como ya ha avisado Maëlle Maugendre (2013) en su investigación, existe un problema de fuentes debido al silencio que ha encubierto el empleo femenino. Solamente se contabilizaba exhaustivamente a los trabajadores hombres, pues los contratos individuales (en oposición a los equipos de trabajadores prestatarios), que es el caso de la mayoría de las mujeres, no se registraban. Así, no es posible proponer una cifra para evaluar el número de mujeres contratadas en suelo francés en febrero de 1939.